

# Un humilde trabajador de la viña del Señor

Así, Benedicto XVI se presentaba a la Iglesia entera. Es evidente que un balance acerca de su pontificado necesitará la perspectiva del tiempo. Por eso estas líneas de Adolfo Ariza, Delegado de Catequesis, no pretenden ser balance alguno, sino sencilla *laudatio* al trabajo que este humilde trabajador. Su herencia como teólogo y como Sumo Pontífice tienen en este *vir ecclesiasticus* una clara preocupación por el cumplimiento del desiderátum de aquel al que ha sucedido: *dar razón de la esperanza*.

El teólogo **J. Ratzinger** y el Papa **Benedicto XVI** no serían comprensibles sin aquel *kairos* que fue y sigue siendo el **Concilio Vaticano II**. Su presencia en el Concilio como perito supuso para él la confirmación de todo aquel movimiento de renovación teológica, litúrgica, de retorno a los Santos Padres. Un movimiento que buscaba el retorno a lo esencial y genuino de la propuesta de la fe, al redescubrimiento de lo que constituye el dinamismo de la vida cristiana. De ahí que, la Constitución dogmática *Dei verbum* sobre la divina revelación y la Constitución litúrgica *Sacrosanctum Concilium* hayan sido motor y verdadera inspiración para su reflexión. La interpretación de *Dei Verbum* tiene en su obra *Introducción al cristianismo* un instrumento perfecto para el ahondar en el carácter histórico de la Revelación y el carácter personal e integral del acto de fe, con la clarísima influencia del pensamiento del por él beatificado **J. H. Newman**. La clarificación de conceptos tan esenciales como la *actuosa participatio* tal y como propone *Sacrosanctum Concilium* tiene en el *Espíritu de la Liturgia* una regla firme de comprensión y acercamiento. Si la divina Providencia ha querido que este momento llegue para él en este 50 aniversario de la apertura del Concilio, tal vez haya sido para subrayar que en él no solo se encuentra una teoría sino una verdadera praxis de como el Concilio, desde la clave de la hermenéutica de la continuidad, tiene su asiento y lugar en la Tradición de la Iglesia, que valiéndose de instrumentos como él dóciles al Espíritu, continua en el tiempo la *parresia* del Evangelio.

Sus años como colaborador del **Beato Juan Pablo II**, ofrecieron la posibilidad de vislumbrar su inteligencia y sentido de la fe ante dificultades como la teología de la liberación y su ataque a la idea de redención; el por él denominado “fracaso catastrófico de la catequesis moderna” o el desconcierto, en numerosos sectores de la Iglesia, por la confusión en torno a las fuentes de la fe, a lo que vendrá a responder el *Catecismo de la Iglesia Católica*. Si bien esa colaboración con **Juan Pablo II**, continuada con su pontificado ha brillado de forma especialísima en la continuidad dada a la llamada a la Nueva evangelización, que ha sido concretizada desde los acentos que este teólogo y pastor ha sabido dar.

A día de hoy nos queda la duda de si la trilogía en torno a las virtudes teologales será completada. Lo que sí ha completado es su trilogía sobre Jesús de Nazaret. En estas obras habla el teólogo que al modo balthasariano ha hecho verdadera teología arrodillada; el teólogo que quiere superar de una vez por todas esa nefasta dicotomía

entre Jesús histórico y Cristo de la fe; el teólogo que añade al cristocentrismo teológico que nos legó **Juan Pablo II** la perspectiva de la Cristología espiritual.

Para **J. Ratzinger** se abre ahora una nueva etapa en su vida. Su ocultamiento y silencio, propios del humilde trabajador, de seguro que serán fecundos espiritualmente para la Iglesia. Para él, se abre un nuevo periodo al que podremos entender desde ese ya célebre discurso en el Colegio Des Bernardins de París con el que nos mostraba los verdaderos orígenes de Europa. Allí resonó la conocida regla de **san Benito**, *ora et labora*.

-¡Gracias Benedicto! Como al oso de **san Corbiniano** también a ti te ha llegado la liberación de una pesada carga. Como al mejor profesor y al no menor pastor te agradecemos que hayas sido para la Iglesia aquel que nos has mostrado nuestra vocación más innata – *quarere Deum* – a la par que el lugar en el que realizarla: la barca de Pedro, la viña del Señor.